

# Dialéctica de la identidad nacional

ESTEBAN EMILIO MOSONYI

Identidad es el conjunto dialéctico de especificidades —tanto objetivas como subjetivas— actuantes dentro de una sociedad, por pequeña que ella sea y por menores que sean sus diferencias aparentes respecto de otras colectividades.

Mucho se ha discutido recientemente en torno a la problemática de la identidad nacional del venezolano y de todo un conjunto de planteamientos íntimamente ligados, tales como especificidad latinoamericana, mestizaje socio-cultural y otros tópicos. Primero que nada es bueno señalar que estas discusiones no son gratuitas. Obedecen a una profunda necesidad de definir lo que no está definido, llenar un vacío colectivo sentido por casi todos, enrumbar a toda una sociedad por un sendero distinto de la rutina convencional e inerte por la que hemos transitado. Independientemente de los resultados finales de la búsqueda, el solo hecho de existir esta preocupación justifica con creces nuestra dedicación al problema.

Más no podemos entrar a caracterizar algo tan complejo como la identidad, sin enfrentar primero una serie de preconcepciones que obstaculizan nuestro entendimiento de todo cuanto este concepto pueda implicar. Es sintomático que nada ni nadie haya podido apagar el vivo interés que sectores crecientes de nuestra opinión pública profesan por este tipo de reflexiones. Pero como ha habido muchos intentos de minimizar y desviar el tratamiento del tema de todas las formas posibles, nos parece interesante rebatir en algunos puntos las aberraciones más corrientes que hemos podido encontrar. A través de ellos se entreverán los mecanismos que mueven la dialéctica de la identidad nacional.

## 1. ES FALSO QUE EL PUEBLO VENEZOLANO CAREZCA DE IDENTIDAD

Muchos tratan de esgrimir, sin argumentos de fondo, la inexistencia de la identidad nacional. Para ello se basan en síntomas superficiales, no tan difíciles de detectar. Se habla de que Venezuela es un país joven y siempre cambiante. Se recurre al argumento del mestizaje para sostener que somos una mezcla indefinible. Se echa mano de todo un conjunto de constataciones como la ideología del nuevorriquismo, la tendencia al facilismo y a la improvisa-

ción, la apariencia de que estamos navegando a la deriva.

Ninguna de estas improvisaciones es totalmente falsa, pero todas ellas distan muchísimo de representar la verdad histórica o de ofrecernos una explicación coherente y articulada. Venezuela es una nación joven en su conformación actual, pero se cimienta sobre raíces milenarias. El mestizaje es real, mas en el fondo no hace más que recombinar ingredientes previamente existentes. Lo del nuevorriquismo y lo de la cultura del petróleo son concreciones muy características de la historia venezolana del siglo XX, que han alterado y desviado la marcha de nuestra sociedad, pero no al extremo de haber socavado totalmente nuestra personalidad colectiva.

Existe aún un país que se llama Venezuela y cuyos ciudadanos somos los venezolanos. Cada cual sabe a ciencia cierta si es o no es venezolano, salvo algunos casos marginales que siempre se dan en cualquier colectivo. Un venezolano no suele tener dificultad en reconocer a un compatriota en el exterior o al extranjero en su propio suelo, aunque este tenga muchos años en Venezuela. Es verdad que ni el idioma, ni la forma de comportarse ni la identificación vivencial con el país son criterios absolutos para definir a un venezolano. Hay venezolanos que no hablan bien el castellano y extranjeros que lo pronuncian con acento caraqueño. Tenemos observaciones análogas para cualquier otro criterio identificador. Pero todo esto no quita que un venezolano reconozca casi infaliblemente a cualquiera de sus compatriotas con sólo tener con él un trato suficientemente prolongado para disipar las posibles confusiones o equivocaciones iniciales.

Un venezolano normal no podrá desprenderse jamás de las marcas de su identidad, aun cuando quisiera hacerlo. En todo caso quienes lo rodean no tardarían en descubrir su verdadera filiación.

## 2. ES FALSO QUE HABLAR DE IDENTIDAD E IDENTIFICACION NOS REMITA A LA NOCION DE LO UNIFORME Y DE LO INMUTABLE

Ni siquiera el individuo humano —prototipo de identidad biológica y psicológica— es internamente homogéneo o

permanece inalterable con el correr de los años. La persona humana cambia en cada fracción de segundo sin dejar de ser ella misma. Durante su historia de vida, desde la infancia hasta la vejez, pasa por transformaciones de mucho calibre, aun siendo siempre el mismo individuo. La personalidad es algo tan dinámico que todo ser humano normal puede albergar en un momento dado pensamientos contradictorios y sentimientos encontrados.

Si esto es así en el individuo humano, con más razón observaremos que las sociedades humanas son dialécticas —internamente contradictorias— y que cambian sin cesar, preservando no obstante toda su identidad. El venezolano de hoy es tan legítimo como el del siglo pasado o el de comienzos del presente, aunque use automóvil, ve películas en el cine o vote cada cinco años para elegir al presidente de turno. Sabemos que hay contradicciones antagónicas entre un venezolano pobre y otro multimillonario, las cuales tendrán que resolverse históricamente a favor del primero. Pero entre tanto ambos coexisten en el mismo espacio social y comparte ciertas características que los identifican como venezolanos. En otros casos las contradicciones no son —o al menos no tienen por qué ser— antagónicas, como las que se dan entre un oriental y un zuliano o cualquier venezolano de otra región del país.

## 3. LA IDENTIDAD NACIONAL NO TIENE POR QUE PRIVILEGIAR A CUALQUIERA DE SUS COMPONENTES ETNICOS

Muchos creen equivocadamente que quienes hablan de identidad tienen en mente solo la población indígena, descuidando totalmente la contribución de otras etnias. Otros se ponen a elucubrar sobre si la identidad del afrovenezolano o del venezolano de origen hispano es la que conlleva mayor dosis de autenticidad. Lo cierto es que cualquier planteamiento unilateral y exclusivista es necesariamente reductor. Es insostenible que lo venezolano sea resultado exclusivo de lo indio, de lo negro, de lo hispano o de cualquier otra fuente étnica tomada aisladamente.

Es un hecho elemental que la Venezuela de hoy es multiétnica y que por

este concepto no debería haber discriminación alguna, por más que esta directriz no se cumpla en la práctica. Es particularmente oneroso el racismo que existe contra el indio y el negro, fácil de poner en evidencia a pesar del manto ideológico de un presunto igualitarismo que lo encubre.

Ahora bien, si no existen etnias más importantes o valiosas que otras, también es verdad que la inserción histórica de cada una de ellas en la formación de la nacionalidad venezolana es altamente diferencial. Los primeros modelos societarios integrales presentes en lo que es hoy el territorio venezolano son sin lugar a dudas, las sociedades indígenas. Este primer contingente poblacional influyó de las más diversas maneras en todas las sucesivas capas de poblamiento que se han venido agregando, por lo cual la identidad del indio es también la proto-identidad del hispanoamericano. El indio no sólo influye directamente sobre los nuevos pobladores sino

también indirectamente a través del mestizo, quien recoge una importante herencia sociocultural autóctona más allá del mero cruce biológico. Cuando por ejemplo el inmigrante italiano se convierte en fervoroso creyente de María Lionza, asume en realidad una religión mestiza pero enraizada en una memoria colectiva cuyos orígenes se retrotraen a la historia aborígen milenaria.

#### 4. PESE A LA IMPORTANCIA EXTRAORDINARIA DEL MESTIZAJE, LA IDENTIDAD NACIONAL NO SE AGOTA EN ESE PROCESO

Es cierto y plenamente comprobado que una gran mayoría de la población venezolana actual es producto del mestizaje de la población india con la hispana y la africana, incluyendo en esta última a la guanche canaria. Se trata de un mestizaje tricontinental de características únicas y productor de tipos humanos absolutamente nuevos y muy variados, desde luego absolutamente inconce-

bibles antes de la conquista de América. El cuadro se nos complica mucho más si a esto agregamos el aporte europeo no hispánico y el de distintas etnias asiáticas.

El mestizaje sociocultural es aún más importante que el biológico, una vez hecha la salvedad de que las ideologías dominantes han pretendido siempre opacar las contribuciones provenientes de los pueblos no europeos en favor del legado propiamente europeo y occidental. En este contexto el pensamiento positivista y tecnocrático rechaza no solamente todo lo indoamericano y afroamericano sino hasta los propios aportes ibéricos, ya que esa concepción práctica un europocentrismo a ultranza donde sólo salen favorecidas las culturas anglosajona, francesa y alemana.

Sea como fuere, existe en nuestro país un sector de opinión para el cual el prototipo del venezolano es el mestizo de habla hispana y con códigos culturales desarrollados durante la colonia. Dentro de esa visión —que proclama la hegemonía de la mayoría poblacional— el indio actual es un rezago del pasado, el negro mantenedor de su cultura afroamericana es un sub-producto “accidental” y “efímero”, mientras que los nuevos inmigrantes no mestizados serían simples advenedizos, muy al margen de la verdadera venezolanidad. Los representantes más ortodoxos de esa corriente ideológica exigen que todos —absolutamente todos— se incorporen aceleradamente al gran contingente mestizo de lenguaje hispánico y cultura relativamente homogénea si se descuentan ciertas particularidades regionales y locales.

En otras publicaciones hemos desarrollado —“in extenso”— distintas líneas de argumentación frente a esa pretensión hegemónica de lo mestizo como factor determinante. Para abreviar, aquí diremos solamente que no hay nada más empobrecedor y reaccionario que aplicar una suerte de aplanadora cultural que pretenda acabar con las legítimas manifestaciones socioculturales de los pueblos y comunidades indígenas, afroamericanas y otras que no encajen en el exclusivismo del mestizo “hispanizado”. Casi todos los países del mundo son multiétnicos y pluriculturales, cuentan con mayorías y minorías en su seno y a menudo hasta las diferencias regionales se ven muy marcadas.

Pero la coexistencia normal y armoniosa de una gran diversidad de culturas populares es perfectamente factible al no mediar mecanismos de dominación económica, social y política. La



manipulación y enfrentamiento de las etnias como tales es producto de intereses hegemónicos bien conocidos que raras veces tienen algo que ver con la dinámica interna de las culturas étnicas diferenciadas.

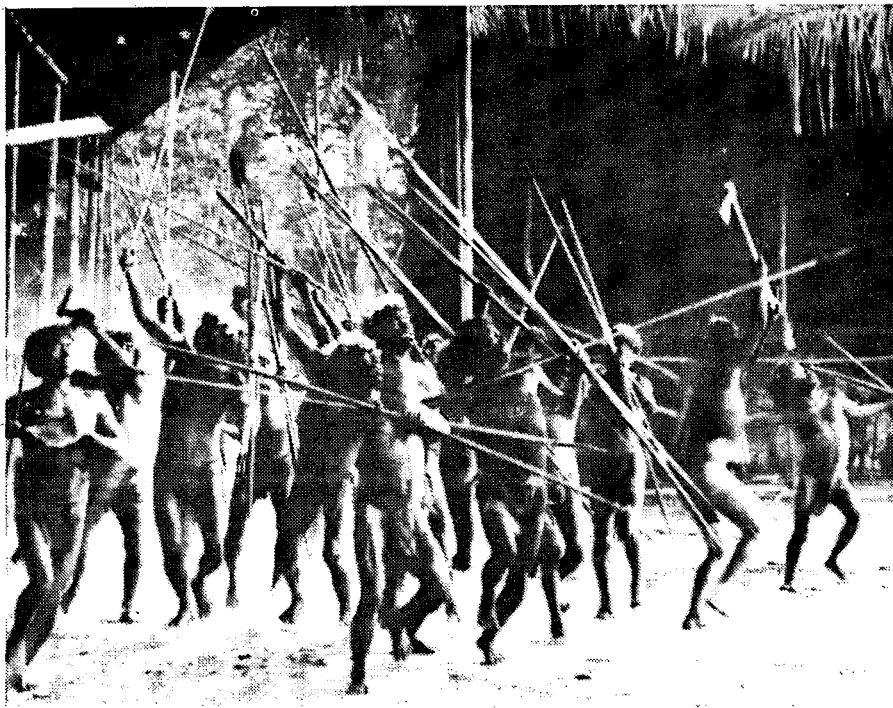
Por otra parte, pretender homogenizar las etnias para producir un tipo humano uniforme es tan estúpido y precario como tratar de erradicar las diferencias individuales entre los hombres para promover la aparición de una personalidad única y estandarizada. En relación al mestizaje hay que agregar, además, que las culturas minoritarias no van a ceder necesariamente por el solo hecho de producirse un mestizaje biológico con la población mayoritaria. De hecho tenemos en toda América culturas indígenas muy fuertes y estables cuyos portadores están bastante mestizados.

## 5. ES FALSO E INOPERANTE SITUAR LA IDENTIDAD NACIONAL EN EL PLANO DEL PRESENTE CON PRECINDENCIA DEL PASADO

Por un lado es verídico que las diversas identidades étnicas, locales, regionales que se han dado y se dan en Venezuela no se han articulado —hasta la fecha— de manera suficiente para poder hablar de una identidad nacional bien estructurada y plenamente perfilada. Acabamos de expresar, en párrafos anteriores, que existe la tendencia hacia la conformación de una identidad dinámica y múltiple que se basaría en la interacción creativa entre comunidad y región, región y etnia, etnia y nación. Las identidades más restringidas y locales alimentarían a la más inclusiva que sería la nacional, mientras que esta tendría igualmente un efecto enriquecedor sobre las identidades particulares de carácter microsocioal.

Esta interrelación dialéctica entre lo grande y lo pequeño —sin buscar destruirse mutuamente— es todavía un desideratum, pero perfectamente factible, hasta el punto de que está produciéndose ante nuestra mirada. Las comunidades indígenas, la población afrovenezolana, las distintas regiones culturales del país, los barrios y urbanizaciones de las ciudades, los sindicatos, gremios y asociaciones de toda índole, pugnan por hacer sentir su presencia en el escenario de las corrientes populares cuya dialéctica va moldeando y definiendo nuestra identidad nacional.

De manera que hablar de identidad no viene siendo una mera aspiración subjetiva, un hermoso deseo poco com-



patible con la práctica social. Por el contrario, es una confrontación de fuerzas étnicas, regionales, locales y asociativas; todas ellas impregnadas de su codificación cultural propia cuyo origen se remonta a nuestra historia precolombina, pero cuyo desenvolvimiento ha adquirido caracteres novedosos e inéditos durante los períodos de la conquista, la colonia y la neocolonia contemporánea.

El presente histórico —lejos de ser un corte transversal en el tiempo, como creen algunos historiadores positivistas— es el fruto evidentiísimo de la confrontación dialéctica, a menudo agónica, de todos los aportes societarios que han confluído en la Venezuela de hoy. La historia es una *pancronía*, ya que en cada uno de sus momentos específicos está presente la carga acumulada del pasado así como un abanico de expectativas y alternativas para el futuro tanto inmediato como mediato.

## 6. ES INCIERTO QUE LA AFIRMACIÓN DE LA IDENTIDAD NACIONAL CONSTITUYA, DE POR SÍ, UN PLANTEAMIENTO PATRIOTERO O CHAUVINISTA

El chauvinismo es una exaltación aberrante y fraudulenta de la identidad. Puede hasta encubrir la falta de una verdadera identidad nacional bien cimentada y consolidada, en la medida en que se apoya en la agresión hacia el otro en lugar de afirmarse a sí mismo. Pareciera que el patriotero, para darse cuenta de que es venezolano, necesitara desarro-

llar mecanismos de defensa muy especiales, montados sobre actitudes de frustración y agresión hacia los pueblos vecinos y hacia el extranjero en general.

El sentimiento de identidad —local, nacional o el que fuere— entendido en sus justos términos se afina en la debida valoración de los componentes individuales y colectivos, en la permanente codificación y descodificación del acontecer societario, en la coparticipación activa aunque diferenciada de todos sus miembros, dentro de un determinado sistema de convivencia humana. El patrimonio colectivo hay que defenderlo con todos los recursos a nuestro alcance ante cualquier amenaza procedente del extranjero. Tal es el caso evidente de la defensa irrestricta que muchos venezolanos asumimos de nuestro territorio y nuestros límites terrestres y marinos, ante las pretensiones de las oligarquías y gobiernos vecinos.

Pero conociendo la similitud étnica y cultural que hay entre los pueblos de Venezuela y de otras naciones latinoamericanas, es contradictorio a nuestro propio sentimiento, de identidad asumir posturas anticolombianas antiecuatorianas o antidominicanas. Más aún, todo tipo de identidad debe permanecer abierta al intercambio fructífero con las de otros colectivos humanos, comunicándose con ellos en todos los ámbitos del quehacer humano sin por eso perder su originalidad ni su especificidad. En efecto, las etnias y naciones son tan abiertas que siempre es posible —con grandes res-

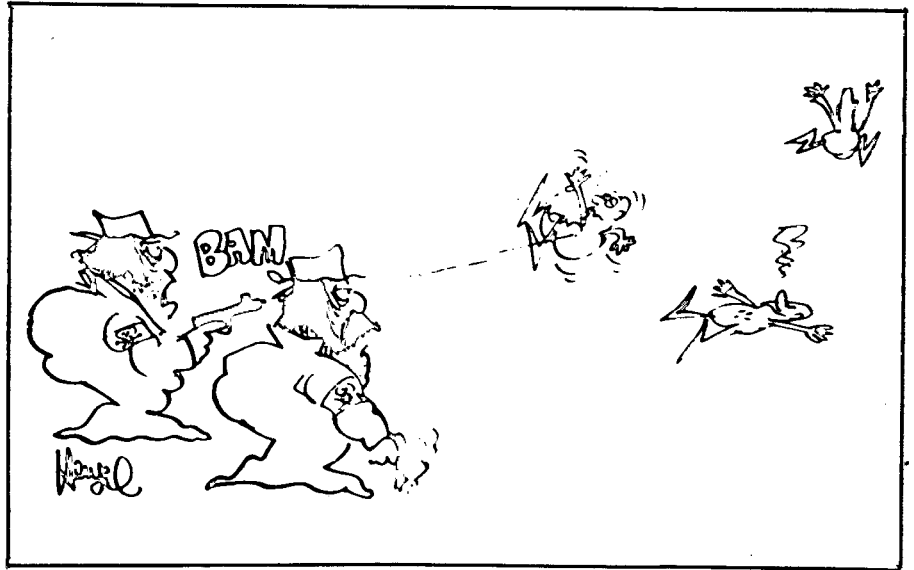
tricciones, claro está—, cambiar de nacionalidad o de filiación étnica en el transcurso de la vida de un individuo.

La sociedad venezolana puede realizar, en pie de igualdad, muchos intercambios fructíferos con la sociedad francesa, vietnamita o nigeriana, pongamos por caso. Todo lo cual resultará a la postre mucho más enriquecedor para la experiencia humana universal, que el tratar de reprimirlos y desprendernos totalmente de nuestra creatividad y patrimonio propios, únicamente para servir de receptáculo inerte a toda inundación de manifestaciones que nos invaden desde el exterior. Y lo que es mucho más grave aún, la invasión tiene por punto de partida casi siempre a los centros hegemónicos de un poder mundial explotador, genocida, reductor y homogenizante en grado creciente.

## 7. NO ES VERDAD QUE LA IDENTIDAD NACIONAL SEA UN CONCEPTO POLITICAMENTE LIMITANTE. POR EL CONTRARIO, ASUMIRLA PLENAMENTE ES UNA EXIGENCIA IMPONIBLE DE NUESTRO PORVENIR COMO PUEBLO

Primero que nada, está suficientemente debatido que la identidad nacional no está llamada a reemplazar sino a complementar a la lucha de clases. Además, rechazamos toda pretensión de convertir a la identidad en un fetiche o en parámetro único, dominante o determinante para el devenir histórico de las sociedades y pueblos. Sabemos que la identidad, al igual que toda otra categoría, se inserta en lo societario total. Por ello calificamos de barata a la postura extorsionista y maniquea de formular falsas oposiciones entre "identidad y lucha de clases", "étnica y clase social", entre el "espíritu de campanario" y la "solidaridad universal entre los pueblos".

Para poder desarrollar un marco de referencia universalista es un pre-requisito obvio articular esa universalidad con toda la constelación de identidades grupales y societarias que enmarcan al individuo. Un científico social que se defina como "ciudadano del mundo" y trate de borrar su filiación regional, étnica y nacional tiene muy poca posibilidad de contribuir a la comprensión de una realidad específica y, menos aún, de participar en ella. Un sindicalista que predique la solidaridad proletaria internacional sin estar inserto en una lucha obrera específica de algún rincón del mundo, corre el riesgo de practicar una retórica sin arraigo ni trascendencia.



Al pueblo venezolano, en su conjunto, el proceso de colonización y neocolonización lo ha hecho internalizar una profunda vergüenza étnica de sus orígenes, de su conformación y situación actuales, de sus potencialidades y perspectivas futuras tanto en el plano individual como en el colectivo. Es corriente y cotidiano minimizar tanto al indio como al negro y al mestizo, inclusive al hombre hispano-luso, frente a las supuestas excelencias del mundo anglosajón. Por consiguiente el campesino venezolano es percibido como globalmente "inferior" al europeo, al igual que el obrero, el profesional, el pequeño burgués, el artista, el estudiante y el que fuere. El propio hombre de izquierda —socialista convencido— desconfía de sí mismo como ente revolucionario y duda del pueblo venezolano oprimido como sujeto de su propio destino en un proceso de esta naturaleza. La subestimación de los referentes étnicos hace perder de vista la especificidad y la capacidad actuante de los pueblos latinoamericanos. Y si la propia vanguardia se deja desarmar tan fácilmente en sus pretensiones transformadoras, ¿cuál no será el efecto desmovilizador que el complejo de inferioridad étnica induce en nuestras grandes mayorías?

Para concluir, constatamos que la desvalorización de nuestra identidad nacional y étnica convierte a la dominación político-económica y a la lucha de clases en verdaderos holocaustos etnogenocidas en que los sectores en el poder manipulan y destruyen sin ningún tipo de limitaciones a las clases y sectores oprimidos. He aquí algunos síntomas claves: Mandatarios que irrespetan a tal extremo a las naciones donde gobiernan,

que llegan a convertir en letra muerta su propio programa de gobierno. Cuerpos represivos que inhiben de tal manera su identidad con el pueblo, que pueden llegar a los peores excesos en materia de asesinatos y torturas sin ser siquiera sancionados. Funcionarios públicos que manifiestan un perfecto cinismo frente a los problemas de su competencia que se les plantean. Profesionales e investigadores que menosprecian el estudio de su propia realidad y cuando lo realizan aplican teorías y métodos diseñados en otros países. Dirigentes obreros, campesinos y estudiantes que desprecian y marginan a las mayorías que pretenden representar. Gobiernos —incluso democrático-representativos— que en sus actos contradicen expresamente los derechos constitucionales fundamentales a la vivienda, al trabajo y a la vida misma. Con todo y eso, la gente aparenta apatía y conformismo ante la ausencia de toda solución alternativa con visos de practicabilidad.

Finalmente, la represión de la identidad inhibe en gran medida el surgimiento, expansión y triunfo de todo movimiento contestatario. Hay muchísimos críticos del sistema quienes, debido a su inseguridad personal y al rechazo visceral que les han inculcado contra los demás, prefieren trabajar solos —o en pequeños grupos— antes que unidos y organizados. Y mientras ellos se celan y se destruyen mutuamente, Venezuela avanza a pasos agigantados hacia el desastre ecológico, la depauperación colectiva, la dilapidación de todos sus recursos, la despersonalización cultural, la indiferenciación étnica y la incapacidad histórica de asumir un proyecto colectivo.